

«VALLE INCLAN, HOY»

■ Alonso Zamora Vicente habló sobre el escritor gallego, en el cincuentenario de su muerte

«Hoy, a los cincuenta años de la desaparición del hombre contradictorio que fue Ramón del Valle Inclán, hemos de volver la vista a sus escritos, convencidos de que escribió para nosotros, sus lectores de hoy, y de que nos ha hecho depositarios de su ansia de mejoramiento y de honradez social». Son palabras del filólogo y secretario perpetuo de la Real Academia Española de la Lengua, **Alonso Zamora Vicente**, en un ciclo de conferencias que impartió en la Fundación del 4 al 11 de marzo pasado.

A lo largo de cuatro conferencias, Zamora Vicente analizó la nueva lengua del esperpento, las Sonatas, la novela *Tirano Banderas* y *Luces de bohemia*.

Ofrecemos seguidamente un extracto del ciclo.

Creo que ya está convencido todo el mundo de que las *Sonatas* son el mejor y más redondo corpus de la prosa modernista en España. A gran distancia de cualquier otro ejemplo que podamos encontrar. La prueba más fehaciente está en el secreto encanto que rodea a las novelitas, lo que las hace estar aún vigentes, y el absoluto olvido en que han caído las demás manifestaciones coetáneas y de signo parecido. Las *Sonatas* están ahí, dispuestas a hacerse oír y hasta dejarse ver entregándose a un nuevo lenguaje: el del cine.



ALONSO ZAMORA VICENTE es catedrático jubilado de la Universidad Complutense y miembro de número y secretario perpetuo de la Real Academia Española de la Lengua. Su bibliografía recoge temas filológicos y literarios, tanto clásicos como contemporáneos: desde Lope de Vega a Camilo José Cela. Simultáneamente ha desarrollado una obra narrativa intensa, mostrando predilección por el relato corto y fruto de esta vocación son varias colecciones de cuentos que ha publicado.

La primera *Sonata*, la de *Otoño*, sale en 1902. (Es éste también el año de *La Voluntad*, de *La Busca*, de *Amor y Pedagogía*). Veamos, en primer lugar, la indudable lejanía geográfica que revelan los breves textos de las *Sonatas*: Italia, México, Navarra, Galicia. Frente al descripcionismo y paisanismo de la novela realista, existe una niebla poética que se

persigue a través de geografías inusitadas, repletas de personalidad literaria, que evocan en el lector vivencias fundamentalmente históricas o artísticas. Aquí nos tropezamos con la mayor gloria y, a la vez, con el germen de la ruina del arte modernista: la constante apelación de elementos culturales.

La persona aficionada a leer novelas encuentra más a mano a Pereda, a Galdós, a Valera, a la Pardo Bazán. Su lengua, fácil, cotidiana, descuidada, no obedece a criterios selectivos. Todo es literario. Lo mismo las grandes situaciones y trozos solemnes, que lo más anodino, trivial e inoperante. Pongamos ahora en ese medio a las Sonatas. Solamente los muy cultivados saben que ese título, *Sonata de Otoño*, responde a una tradición poética y que se trata de una acomodación metafórica entre las estaciones del año y los períodos de la vida. Y pueden explicar a sus amigos que la voz musical en un título responde a unas corrientes extranjeras, que han borrado las fronteras tradicionalmente rígidas entre las artes. Para el lector español todo esto se condensaba en un solo nombre: Rubén Darío.

Quizá de todos los ingredientes de la presencia francesa, el más importante ahora para nosotros es la adecuación estrecha entre la época del año citada en el título y la circunstancia psicológica del héroe. Primavera, juventud, petulancia. Verano, plenitud, abundancia. Otoño, una vaga melancolía, una cabeza pensativa y ya ligeramente desencantada. Invierno, vejez, ruina, irremediable mirada hacia atrás para no sacar nada en claro. Todo esto, unido a la férrea ligazón de un personaje

único a través de las cuatro narraciones, proporciona a los libros su matiz elegíaco, poético y, a la vez, revolucionario. Milagro de Ramón del Valle Inclán ha sido mantener vivas y operantes a lo largo de los libros la correspondencia en cualquier situación del personaje, su edad y su conducta con el léxico y la lengua empleados. Cada color, cada sonido, cada cita literaria que, solapada o no, nos asalta en la lectura, está también funcionando en una correspondencia estrecha con la situación en ese instante de la interioridad del héroe. Las *Sonatas* se nos muestran así como una gigantesca voluntad de estilo.

Estamos, pues, ante una literatura que necesita inexcusablemente de la complicidad cultural del lector para ser saboreada en su integridad, y que, gracias a esas pinceladas de sentidos —ruidos, color, olores, etc.— se nos hace viva y palpitante, no estricta erudición.

Los personajes de la novela realista son, digamos, totales, aunque predominan los de capas sociales inferiores en lo urbano, o rurales, con las virtudes y los vicios tradicionalmente adjudicados a esas castas. Domina un clima de ramplonería. En el modernista, la escandalosa superioridad del héroe sobre el resto de los mortales se exhibe de mil maneras. Aristócrata, muchos apellidos de resonancia histórica, un pasado nobiliario total... Frente a *Misericordia*, el Marqués de Bradomín. Frente a Doña Paca, o doña Pepita, Concha, la Niña Chole.

Las Sonatas se nos presentan como unas Memorias, o mejor, como un fragmento de determinadas memorias: las amorosas. Y dentro de las amorosas, solamente aquellas que, disfrazadas

más o menos atinadamente de amor, son en realidad de verdad, pura concesión al erotismo. Al erotismo donjuanesco. Siguiendo con la identificación necesaria, Bradomín es un Don Juan.

Las *Sonatas* están inmersas en esa concepción libresca de Satanismo, lujo de ambientes, nobleza de personajes y de escenarios, pompa de uniformes, de gestos y atavíos, distinción teatralizada de los movimientos. Hechas con elementos de la realidad, están extraordinariamente lejos de la realidad y la desfiguran cuanto pueden. De las *Sonatas* queda, fundamentalmente, su enorme voluntad de estilo, su impagable lección de disciplina y sentimiento creador, el esfuerzo verdaderamente extraordinario por crear una lengua diferente.

Una nueva lengua: el esperpento

Es ya tradicional hacer con la obra de Ramón del Valle Inclán una dicotomía muy precisa. De un lado, el arte modernista, voluntad de brillos y de lengua exquisita y pulcramente adornada, vestida de oropeles y bisutería artística; y del otro, el esperpento, mueca agria y amarga, expuesta en una lengua distorsionada, donde se dan la mano estrechamente los balbuceos, la inspiración quebrada y a borbotones y la blasfemia. Una lengua que usa descaradamente la palabrota desterrada de los buenos usos sociales y la jerga de los marginados.

La conmoción dulcísima, el paso soñador de los ojos cerrados que provoca la prosa de las *Sonatas* en los años iniciales del siglo, se convierte veinte años después en un gesto de boca

abierta de asombro, de horror casi, ante la lengua que se nos entrega. La lengua del esperpento es la lengua de la calle, de la esquina, del hombre que sufre y vive penalidades cotidianamente y no vive en palacios ni tiene apellidos sonoros. La lengua que se oye al pasar en la barra de un café, en la taberna, en las apreturas del metro o del autobús. Una expresión, fundamentalmente, urbana, plagada de frases entrecortadas y atiborrada de signos de admiración. Una conversación que tiene más de grito y de arrebatado que de otra cosa.

Valle ha descendido del olimpo aristócrata y paradisiaco en que viven sus personajes, princesas, nobles capitanes, etc., para posar la mirada en la inmediata realidad. Y la verdad desnuda es, con frecuencia, cruel deformación.

Para muchos el esperpento es una entrega a la disolución de muchas normas, un caer en lo arbitrario y lo ocasional, un despeñadero. Nada más lejos de la verdad. Es precisamente todo lo contrario. Una rígida voluntad de estilo y de contenido, donde las fronteras se presentan amplísimas, pero fronteras al fin y al cabo, y donde la lengua se mueve a placer dentro de la vida misma, hasta llegar a sus últimas consecuencias. La lengua empleada en el esperpento, en contra de lo que pudiese parecer, es una lengua artística. La tarea de Valle ha sido la de enlazar estrechamente la voz del género chico, la de las parodias, con la ocasional y desgarrada. Y todo lo hace como una consecuencia de su inalienable voluntad de exquisito orfebre de la lengua. De no ser así, la voz del esperpento no pasaría del alarido mal educado y peor

aguantado y, por el contrario, nos encontramos con una lengua portentosa, portadora de innúmeros mensajes, de una dolorida consecuencia. Una voz que siembra múltiples desazones. Se trata de una integración de diversos caminos de la lengua española, que se aúnan en un español fluido, resuelto en caudalosa vitalidad. Lo *grotesco*, indisolublemente aliado a lo ridículo o vergonzoso, llena las páginas de los esperpentos.

Toda esta lengua desparrama un aire casi exclusivamente madrileño por las páginas. Es el madrileñismo que corresponde a una ciudad absurda, brillante y hambrienta de las páginas iniciales de *Luces de bohemia*. Mucho léxico del empleado en el esperpento requiere, incluso, una entonación especial, achulapada y garbosa, entre suficiente y despectiva que, nacida en el género chico, adquirió rápidamente el carácter de inalienable seña de identidad en el pueblo madrileño. Es el habla popular, el habla colectiva de una ciudad que luchaba por adquirir una personalidad, por destacarse, orgullosa de sí misma, de ser la ciudad por excelencia en el país arrusticado y pobretón de la Restauración y la Regencia.

Encontramos así numerosos cauces que confluyen en la lengua del esperpento. Pasado inmediato, culturalista, una actitud interior saturada de elementos literarios, artísticos, etc., una corriente de lengua popular, callejera, antiartística desde el punto de vista tradicional, y una mezcla estridente de ambas, orientada a la diana del asombro, de la irreverencia. Una lengua de este tipo es ante todo una explosión de emociones, donde los pensamientos se encu-

bren bajo la constante hipérbole y la desmesurada pérdida del equilibrio. De ahí que sea a la vez teatral. Todo ha de gritarse, todo se dice con una entonación especial, que el lector trasciende, *viéndola*, a la vez que la oye o lee. En este sentido el esperpento está en la misma línea que las *Sonatas*. Si en éstas dominaba el gesto solemne y mayestático, de lenta recitación, cubierto de oropeles, aquí estará vestido de pobreza de buhardilla, de desgarrado barriobajero, pero los dos son gestos teatrales, sin los cuales el texto no vive.

Ramón del Valle Inclán ha superado, desbordado y dignificado todos los posibles antecedentes literarios y vivos, y ha sometido a noble geometría la voz apasionada y rebelde de la comunidad, el habla que no obedece a reglas y que sólo conoce la gramática de la pasión.

«Tirano Banderas»

En 1926 publicó Valle su novela *Tirano Banderas*, narración de un movimiento revolucionario en una dictadura hispanoamericana en un país imaginario. Valle estrena así la larguísima teoría de novelas de dictadores que han llenado la literatura subsiguiente. La crítica recibió la novela con entusiasmo, saludando en ella los usos certeros de la reducción temporal, la exquisita delimitación de los personajes de vario signo y, sobre todo, la esperpentización de los recursos literarios que el libro lucía. Se puso de manifiesto que Valle ya no podría abandonar la tendencia a la desmesura, a la caracte-

rización hiperbólica, a la animalización de las figuras, etc.

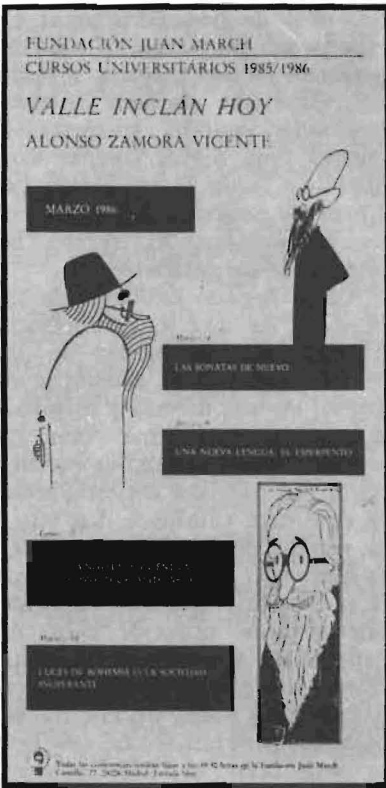
También con *Tirano Banderas* la escandalosa llamada de la lengua empleada fue el motor primero de las reacciones. Una lengua que sobrepasaba los supuestos generales con que se escribía; una lengua que solamente muy pocos podían reconocer en todos sus detalles y que, por lo general, era menospreciada por la orgullosa tradición española, acostumbrada a mirar demasiado de costadillo el habla —y la escritura— de allende los mares. En *Tirano Banderas* la voz americana era también la de la calle, aunque quedasen restos de la otra, pero dominaba la voz de la plebe, del boliche, de la cárcel y del prostíbulo.

Valle, veinteañero (1892-3), en su estancia en México debió de percibir con claridad la lucha interna de la vida social, el bulle bulle de la intranquilidad y el descontento, acallado con medidas violentas, y pudo percibir lo que de falacia última tienen los salvadores de patrias. De ahí su curiosidad por la figura de los caudillos. La dictadura de Don Porfirio Díaz, que Valle conoció en México en su primer viaje, es ya la dictadura de la corrupción dirigida.

El prodigio mayor hoy, para mí, de *Tirano Banderas* está en su lengua. Su español ya no es el español de España, sino una lengua hispánica, forjada en el crisol de numerosas geografías y de muy diversos horizontes sociales. No nació súbitamente la preocupación de Valle por esta lengua. Cabe recordar varios y significativos intentos de acercamiento a las lenguas de las dos riberas atlánticas. Primero es el uso de voces mexicanas, para ambientar, en

la *Sonata de estío* (1903); y después lo volvemos a encontrar en *La pipa de Kif* (1919). También reaparece lo americano en *La cabeza del Bautista* (1924). Pero es en *Tirano Banderas* donde se agolpan, sometidos a un claro orden interior, los americanismos de todo tipo, de multitud de orígenes, giros, léxicos, sintaxis, tratamientos. Valle ha logrado una extraordinaria conjunción de hablas que, sin dar idea exacta de un lugar concreto de América (como tampoco la trama argumental) produce en el lector el espejismo de la lengua colonial americana, sometida férreamente a la unidad estructural del español. Valle Inclán ha descubierto lo que ha sido la gran preocupación de la escuela lingüística española desde hace muchos años: mantener y vivificar la unidad del idioma.

Tirano Banderas marca un hito en la novelística en español. Desde la vertiente de la lengua empleada en esta novela, hemos de reconocer que era la primera vez que se intentaba algo parecido. Hasta ese instante, el español americano había ido fluyendo, en las literaturas nacionales de Hispanoamérica, bajo el signo de la tradición española. La creación americana fue fundamentalmente libresca y vuelta de espaldas a la realidad de su contorno. *Tirano Banderas* está en la base de la aguda mirada que los escritores hispanoamericanos han volcado sobre sus colectividades, es decir, éstos han empezado a escribir como hablan, sin pudores ni temores. Así, del intento de Valle Inclán ha surgido una larga descendencia cuyo mayor valor está, precisamente, en haber encontrado su realidad circundante y haber eliminado el an-



fuertes, los tacos que suelen ser verdaderamente inocentones, lo que me revela que la sociedad nuestra sigue siendo relativamente hipócrita y encuentra aún materia de escándalo en una voz inocente más o menos fuera de tono, y puedo afirmar que sigue sin enterarse de nada. Algunos exageran vivamente la parte de protesta política. Quizá ese ver una faceta protestataria como lo esencial, protesta política anti-tradicional, ha nacido de la interpretación literaria (que es otra cosa) de Pedro Salinas, quien ya hace muchos años vio en el esperpento una manifestación rotundamente noventayochista y asociaba así a Valle Inclán con sus colegas de grupo literario-cronológico.

Yo creo que la protesta de *Luces de bohemia* va por otro lado. Va fundamentalmente contra los malos modos de la sociedad española, una sociedad perjudiciada e inoperante, que no parece estar en el mundo. De ahí el carácter multitudinario en ocasiones que *Luces de bohemia* presenta. Vemos recordados allí desde el monarca hasta el último hampón de la calle, desde el ministro al preso muerto anónimamente y de forma cruel y clandestina. Desde los poetas de renombre hasta los rimadores aburridos. Desde la mujer heroica en su pobreza hasta las últimas prostitutas de la noche madrileña, con su carga de arrabal a cuestas. Desde la redacción de un periódico hasta el mostrador de zinc de la taberna tradicional. El Presidente del Consejo y los escritores más famosos, como Unamuno, y los personajes de vida efímera y aturullada por las noticias cotidianas, como el Sargento Basallo, las citas de Galdós, Luca de Tena, Maura, etc.,

cho hiato existente entre la lengua libresca y la lengua viva de la colectividad. Roa Bastos, Da Rosa, los indigenistas, tienen a *Tirano Banderas* como un norte lejano, la brújula que marcó rumbos nuevos.

«Luces de bohemia» o la sociedad inoperante

Luces de bohemia ha conseguido ponerse en primer plano de la actualidad a consecuencia de sus representaciones teatrales y su adaptación al cine. Un público extensísimo, como Valle no pudo soñar jamás, se ha detenido ante sus palabras y ha reído estrepitosamente (hablo de mi propia presencia como espectador) ante las palabras

Ramón del Valle Inclán, abierto a todo cuanto le llegaba, quizá lo único que persigue es vapulear como lo hace a la sociedad española, porque esa sociedad no sabe darse cuenta de lo que pasa a su alrededor de valioso y destacable.

Realmente, yo veo hoy *Luces de bohemia* como algo que, siendo una cima excelsa de creación artística, lo es simplemente por la calurosa reacción ante una realidad incómoda e inexpresiva. La realidad no se deforma porque sí, ni está en la mente de Valle someterla a una deformación sistemática ni darnos otra que la sustituya. La realidad muchas veces es una tortura, con la que, queramos o no, hemos de convivir. Tan desoladora que, a veces, logra seguir acongojándonos durante el sueño. Es entonces cuando la furia, el desaliento, la necesidad de destruir esa realidad nos lleva a estrujarla entre los dedos.

Cada vez estoy más convencido de que *Luces de bohemia* es un periódico, sin día concreto, un periódico que va entre un margen de fechas muy amplio; un periódico que puede contar las luchas coloniales en Cuba y los últimos acaeceres de la vida cotidiana en Madrid, o en provincias, la Semana Trágica de Barcelona, la muerte de Galdós, los ecos de la huelga del año 17, las campañas en Marruecos... De ahí ese amplio margen de tiempo que se desliza en las páginas.

El gran esfuerzo tenaz de Valle ha sido el de dotar a los hechos estúpidos de una resonancia ilimitada, sin declarar su estupidez copiosa, sino dejándonos a nosotros la responsabilidad de sorprenderla en sus justos límites. Asistimos así a

una obra de arte excepcional, el esperpento primerizo, que no se constriñe a sus límites artísticos, sino que necesita de una profunda melodía histórica y erudita para seguir vigente. No queda en toda la evolución de *Luces de bohemia* nada que no sea reconocible. Es, repito, la imagen de un periódico.

Antes hemos hablado de la creación de una lengua nueva. Ahora debemos hablar de la creación de una sensibilidad nueva, de una diversa y original manera de encararse con la realidad. Nada de paños calientes ni de sonrisas cortesanas, sino la denuncia olímpica. La vida, la verdad de la vida, desnuda, es una cruel deformación. Y ésa es la que nos interesa. Valle ha puesto ante nuestros ojos la España de sus años de formación y de primera madurez, y sin decirnos nada, sin engoladas palabras programáticas, nos lleva de la mano a donde es necesario. A ver en el esperpento la primera gran obra literaria europea de personaje colectivo, donde el absurdo está precisamente en el héroe individual que lucha contra corriente sin éxito alguno y es, al final, víctima de sus propios impulsos.

Ramón del Valle Inclán ha sabido desprenderse de la erudición libresca que le acosaba en sus primeras obras, disfrazada de exquisitez y aire minoritario, para, saltando la barrera de esas bibliotecas imposibles, escuchar la voz del hombre corriente, de la colectividad necesitada de guía. Y nos dice que ha encontrado la esperanza, oculta bajo el ansia de mejoramiento y superación. No hablemos más de deformación, sino de anhelo colectivo ascendente. Agradecemoslo y aprendamos con él a aceptar un compromiso. ■